

Mons. Álvaro del Portillo
y la Universidad

Alejandro Llano

Rector de la Universidad de Navarra

Excmo. y Rvdmo. Gran Canciller.
Excmo. Sr. Presidente del Gobierno de Navarra.
Excelentísimos e Ilustrísimos Señores.
Compañeros de claustro académico.
Señoras y Señores.

A lo largo de sus ocho siglos de historia, la institución universitaria ha demostrado una extraordinaria vitalidad para hacerse cargo de los retos planteados por sucesivas y profundas mutaciones culturales, a los que siempre ha acabado por dar una respuesta sabia y eficaz, que abría nuevas perspectivas para el pensamiento científico y la actividad social. Parafraseando a Etienne Gilson, cabría decir que la Universidad entierra a sus enterradores y renace de sus cenizas como el Ave Fénix. Deshauciada tantas veces por sus críticos, ha sabido avanzar hacia sí

misma y encontrar en su propia idea inspiradora las energías necesarias para remontar situaciones objetivamente adversas. Esa sorprendente fuerza que late en el núcleo esencial de la Universidad es la resultante de dos vectores que se aúnan y mutuamente se potencian: el humanismo de matriz clásica y la visión trascendente de la persona que el cristianismo aporta. Como institución humanista y radicalmente cristiana, la Universidad ha apostado —contra viento y marea— por el optimismo antropológico, por la capacidad de la mujer y del hombre para vislumbrar la verdad universal y para orientar rectamente su vida comunitaria.

Lo que hace de Mons. Álvaro del Portillo un auténtico maestro universitario es precisamente el haber encarnado en su propia vida esos grandes ideales, hacia los que ha guiado a esta Corporación Académica durante diecinueve años. Acudamos a sus propias palabras para describir el momento histórico en el que le correspondió iluminarnos con su profunda sabiduría cristiana: *«Por singular providencia de Dios, en estos años finales del siglo XX hemos asistido al derrumbamiento de gran parte de los regímenes totalitarios que creó el materialismo teórico, y de las corrientes ideológicas que servían de coartada a aquellos sistemas inhumanos. Pero —como señala una y otra vez el*

Papa Juan Pablo II, remontándose a las causas de los fenómenos que vivimos— en el origen de los lacerantes problemas sociales y humanos, que aquejan en la actualidad a Europa y al mundo, se encuentra ese individualismo egoísta que procede del materialismo práctico, no menos desconocedor de la verdadera dignidad de la persona humana. Cuando se olvida que el hombre es un ser destinado a la trascendencia y abierto a la comunidad con sus hermanos los hombres, la solidaridad pierde su fundamento, y la vida social se ve sometida a un proceso de degradación, con consecuencias que afectan tanto a la vida de los pueblos como al orden internacional». Hasta aquí la síntesis de un diagnóstico que no temía parecer sombrío, pero al que sigue inmediatamente la apelación a esa fuerza tranquila que la Universidad atesora: «Ante este desafío histórico, la institución universitaria no puede plegarse cómodamente a las fuerzas dominantes, sino que debe sacar de sus propios recursos, intelectuales y éticos, las energías necesarias para encontrar soluciones adecuadas a problemas tan acuciantes»¹.

1. ÁLVARO DEL PORTILLO, «Entusiasmar a un mundo cansado», Discurso en la investidura de doctores *honoris causa*, Pamplona, 29-I-1994, en *Romana* 18 (1994), pp. 91-92.

A los pocos minutos de pronunciar tales palabras, don Álvaro del Portillo —acompañado por el Claustro Académico— salía de esta Aula Magna y se encontraba, en el vestíbulo del Edificio Central, con la emoción apenas contenida de cientos de universitarios que no querían pensar en lo que calladamente presentían: aquélla era tal vez la despedida en esta tierra de quien había sido, durante casi cuatro lustros, nuestro entrañable Gran Canciller. Mañana hará un año de esa escena que parece que estoy viendo ahora. Se nos ha ido silenciosamente alguien que, desde la hondura de su vida de sacerdote santo, sabía cuál es la esencia de la Universidad y cómo debe actualizarse en la hora presente.

El acontecimiento que acabo de evocar corresponde a la segunda ceremonia de investidura de doctores *honoris causa* que Mons. Álvaro del Portillo presidió en la Universidad de Navarra. La primera había tenido lugar el 23 de enero de 1989. En el discurso con el que cerró aquel acto académico anticipaba ya un agudo enjuiciamiento de nuestra situación social y cultural. Seis años después aquella interpretación mantiene su inquietante actualidad: «*La humanidad atraviesa en estos tiempos —cito sus palabras— una difícil encrucijada de su historia: motivos de optimismo se unen con razones que justifican la perplejidad y aun el te-*

mor. Zonas enteras de nuestro planeta padecen el flagelo del subdesarrollo material, que dificulta a los hombres y a las mujeres de esos pueblos el vivir su destino en la tierra como hijos del Creador. En el extremo contrario de la escala social, otros países son protagonistas de un impresionante crecimiento científico y tecnológico, que les conduce a una rápida acumulación de bienes materiales. Estas sociedades corren velozmente con el desarrollo material, causando al mismo tiempo la impresión de no conocer, en ocasiones, la dirección en la que caminan ni la meta a la que pretenden llegar. No sin razón, alguno ha caracterizado su modo de vivir, en el que la ciencia y la técnica son vistas exclusivamente como medios para conseguir un mayor bienestar, como la 'racionalización del hedonismo'»².

Pero también en esta ocasión la lucidez de su preclara inteligencia y la fuerza de su esperanza cristiana abrían hacia el futuro una situación cultural aparentemente curvada sobre sí misma. Porque tal oclusión o cerramiento procede de un reduccionismo materialista de la cultura que no se deduce necesariamente de los

2. ÁLVARO DEL PORTILLO, Discurso en la investidura de doctores *honoris causa*, Pamplona, 21-I-1989, en *Romana* 8 (1989), p. 111.

planteamientos propios de la modernidad. Nada más alejado del perfil universitario de Mons. Álvaro del Portillo que la resignada aceptación de un derrotismo sin salida. Frente al pesimismo histórico de quienes creen asistir al ocaso de una era sin horizontes, él vivía con alegría serena este tiempo que nos ha tocado en suerte. Y es que había aprendido del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer a amar apasionadamente al mundo que nos corresponde transformar desde dentro. La metafísica de la Creación y la teología de la Gracia se dan la mano sin confusiones para posibilitar una actitud radicalmente positiva ante el don de la realidad natural y ante la herencia de quienes nos han precedido en la construcción de una sociedad más humana. «*En medio de los afanes de todos los hombres, afirmaba con decisión, queremos participar activamente en la tarea de desarrollar la ciencia, de hacer progresar la técnica, de incrementar el ya ingente patrimonio de la cultura humana*»³.

En esta articulación viva de tradición y progreso se sitúa la misión actual de la Universidad, más allá de las actas de crisis levantadas por algunos testigos de nuestro tiempo, incapaces de descubrir el manantial de esa fuerza es-

3. Ibid.

piritual básica sin la cual la decadencia es la única perspectiva para los estudios superiores. Álvaro del Portillo es más certero cuando interpela así a los asistentes a aquel acto académico de 1989: «*¡Qué gran papel corresponde a la institución universitaria, en el cumplimiento de esta tarea! Bien conscientes sois los que me escucháis de la responsabilidad que pesa sobre vuestros hombros, como cristianos y como universitarios, de contribuir a orientar todas las realidades humanas hacia su último Fin, Nuestro Dios y Señor*»⁴.

Deus scientiarum Dominus: tal es la idea medular que da vida a una institución que ha hecho de la libertad su actitud más característica. Así lo manifestaba explícitamente en aquella ceremonia de hace seis años una de las personalidades que recibió entonces el doctorado *honoris causa*, la Profesora Elizabeth Anscombe, cuando mantenía que lo decisivo para una Universidad es que en ella se sepa que Dios es la Verdad. Por la tarde de ese mismo día, en un diálogo inolvidable, nuestro querido Gran Canciller nos hablaba con vigor al Profesor José María Bastero y a mí acerca de las razones profundas por las que la referencia a Dios, lejos de

4. Ibid.

ir en contra de la libertad académica, constituye su más firme fundamento.

Buscar y transmitir la verdad en un clima de libertad: tal es la síntesis de la educación que ha de impartirse en los estudios superiores. Si en algún sentido se puede decir que tal modelo educativo ha entrado en crisis, es precisamente en la medida en que se ha sustituido el valor de la verdad por la seguridad de la certeza; la objetividad real, por la neutralidad valorativa; la libertad como autenticidad conquistada, por la inmediata veleidad. Pero este sesgo empobrecedor, que efectivamente conduciría al crepúsculo de los ideales contemporáneos, no presenta la cadencia fatal de algo que se nos impone desde fuera, como si la historia de la cultura fuera una secuencia exterior y mostrenca. Contra este fatalismo determinista se alza el optimismo cristiano de una personalidad tan serena y equilibrada como es la de Álvaro del Portillo.

La formación de una madura personalidad humana, por cierto, sólo se logra a través del trato asiduo con los saberes teóricos y prácticos, que van dejando en nosotros el poso fecundo de una creciente armonía de los hábitos especulativos y morales. Pensar que pueden tomarse decisiones acertadas al margen de este empeño formativo, por obra de la sola espontaneidad emocional, es una de las ilusiones más

extendidas y superficiales de la hora presente, no ajena en rigor a ese deterioro ético de la vida pública y privada que cabe registrar en tantos países. Y, por otra parte, el cultivo esforzado y constante del propio temple intelectual y moral no representa un recorte de la libertad humana, sino que constituye la dinámica misma de su possibilitación y desarrollo. Si se me permite decirlo así, no hay libertad «en estado sólido». La libertad no mira al pasado, no es el simple sedimento de lo ya sucedido, como pretende el materialismo; la libertad está siempre en la línea de su encaminamiento a un futuro que la plenifica, según mantiene la concepción teleológica y humanista de la educación.

«*Es en la convivencia donde se forma la persona*»⁵, había dicho el Fundador de la Universidad de Navarra. Preciso es aprender a dialogar con todos, a comprender a todos, a perdonar a todos, a no considerar a nadie como mi enemigo, a crear un clima acogedor donde ninguno sienta la amargura helada de la indiferencia. «*Con esta exigencia de humana fraternidad, —añade Mons. Álvaro del Portillo—, cuantos forman parte de la corporación*

5. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Conversaciones*, n. 84.

académica se constituyen en familia, en fermento que influye de modo especial, con influencia poderosa y benéfica, en el propio ambiente universitario, donde se cultivan el ejercicio simultáneo de la libertad y la responsabilidad personales, y la virtud de la convivencia, sin discriminaciones de ningún tipo. El influjo del Alma Mater —si ha formado a los estudiantes en esa mentalidad de servicio— se traducirá en una gran ayuda a la sociedad, a través del trabajo de los universitarios, que contribuirán a una siembra de paz con la promoción del amor a la verdad, a la justicia y a la libertad»⁶. Se trata de un modelo educativo cuyo planteamiento supera el estrecho cerco del interés individualista. Profesores, empleados, gestores y estudiantes persiguen en la Universidad un bien unitario y complejo que sólo se puede lograr si cada uno está dispuesto a aprender de los demás, a enseñar a los demás, a servir a todos. Logramos

6. ÁLVARO DEL PORTILLO, «Instrumento de Dios», Discurso durante el Acto Académico *in memoriam* con ocasión del primer aniversario del fallecimiento del Fundador y primer Gran Canciller de la Universidad de Navarra, Pamplona, 12-VI-1976, en *Una vida para Dios: Reflexiones en torno a la figura de Josemaría Escrivá de Balaguer*, 2.^a, ed. Madrid 1992, pp. 56-57.

así configurar una auténtica comunidad formativa en la que, frente a la privatización del provecho propio, se busca un bien común que no puede reducirse a la suma o agregación de muchos egoísmos. También en esta actitud de amor benevolente, de radical confianza en los hombres y mujeres con quienes se comparte el esfuerzo por desvelar la realidad, trasciende esa serena bondad, ese optimismo creativo, que caracteriza al talante humano y cristiano de don Álvaro del Portillo. Había querido el Beato Josemaría que —bien abiertas las puertas y las ventanas— los ambientes formativos en los que el espíritu del Opus Dei inspira libremente el trabajo de la juventud estudiosa fueran un remanso de paz, en medio de todos los posibles apasionamientos nacionales o internacionales. Y ese deseo se ha hecho realidad gozosa en la Universidad de Navarra, donde —a pesar de nuestras limitaciones— convivimos personas de muy diversas procedencias, de contrapuestas ideas políticas y sociales, de distintas razas y religiones, con ese respeto a las diferencias y ese aprecio del pluralismo que vienen exigidos por la dignidad intocable de toda persona humana.

Este es un tiempo para la solidaridad, porque el paradigma comunitario y humanista de la convivencia se resquebraja en demasiados

lugares ante el empuje ciego del mercantilismo individualista o la pesada rémora de una burocracia absorbente. Se hace más urgente que nunca la educación en el coraje cívico y en la libertad responsable. Por eso reflexionamos con frecuencia sobre unas palabras contenidas en ese último mensaje que nuestro Gran Canciller nos dirigió hace un año en este mismo lugar: *«Me da alegría confirmar que la Universidad de Navarra se siente comprometida —como fue deseo de su Fundador— a impartir una educación completa de las personalidades jóvenes, que incluye, como dimensión ineludible, la formación cristiana de su sensibilidad social. Se procura así que —tanto en los años universitarios como al terminar sus estudios— aspiren voluntariamente a convertir su vida en una tarea de servicio a los demás, y, en particular, a los más necesitados, a los enfermos, a los pobres, a los indefensos. No se trata sólo de fomentar nobles sentimientos de misericordia y compasión. Es preciso, además, ahondar en los fundamentos teóricos y prácticos de la justicia y de la caridad cristianas, para que las soluciones que se vayan encontrando, a través del estudio y de la investigación, contribuyan —en el respeto a la libertad de todos— a configurar unas actitudes de pensamiento y unas virtudes perso-*

nales que sean fundamento de un futuro más humano»⁷.

Los auténticos universitarios son los que creen que el estudio, la investigación de la verdad, constituye el método más eficaz para cambiar, para mejorar, este mundo nuestro. Sin haber pretendido nunca seguir una carrera académica, como se nos acaba de recordar, Mons. Álvaro del Portillo es una figura universitaria de primerísimo rango, precisamente porque se sirvió de su penetrante inteligencia y de su estudio infatigable para servir eficazmente a la Iglesia en algunas de las cuestiones más trascendentales y graves de esta época cargada de gravedad. Si toda su personalidad, incluso su amable aspecto exterior, reflejaba armonía, era porque no había quiebras en su sólida unidad de vida. Él mismo era un ejemplo de superación de la distancia existente entre las «dos culturas», la tecnológica y la humanística, que parecen dividir al panorama intelectual contemporáneo. Por eso le resultaba connatural percibir la operatividad transformadora de una investigación de altura y propugnar que en la Universidad de Navarra cultiváramos siempre una mentalidad abierta a la universalidad del cono-

7. ÁLVARO DEL PORTILLO, «Entusiasmar a un mundo cansado», cit., p. 92.

cimiento. El imperativo fundacional de contribuir a elaborar una nueva síntesis de los saberes, a la altura del presente momento histórico, encuentra en sus orientaciones como Gran Canciller caminos incitantes y hacederos, por más que se trate de un ideal que requiera una búsqueda sin posible descanso. Siempre nos animaba a embarcarnos en proyectos científicamente ambiciosos, a trabajar en equipo, a concertar nuestras libertades en torno a metas exigentes, para que esta Universidad nunca fuera un refugio o un reducto, sino que constituyera cada vez más una fuente creativa de humanismo y de ciencia, que contribuyera activamente al debate intelectual más avanzado.

¶ Cuando parece que el rechazo de toda trascendencia religiosa invade la cultura de muchas naciones, especialmente de las más desarrolladas, nuestro Gran Canciller nos incitaba a participar audazmente en esa nueva evangelización que Juan Pablo II ha propuesto como meta para la acción de los cristianos, en las vísperas del advenimiento de un tercer milenio preñado de incertidumbres, pero sobre todo de promesas. Tal es el camino para que Europa vuelva a ser ella misma⁸, para que la modernidad tardía

8. Cfr. JUAN PABLO II, *Discurso en el Acto Europeísta de Santiago de Compostela*, 9-XI-1982.

vuelva a descubrir las raíces cristianas de las que surgieron la ciencia experimental, la agudización de la vivencia de la libertad y el renovado sentido de la dignidad de la persona humana. Si logramos innovar esa identidad, podremos convertir a la Universidad en el libre espacio donde la Fe se hace cultura, donde los saberes hoy dispersos encuentran una nueva articulación y se ponen al servicio de las mujeres y hombres de nuestro tiempo.

«Se necesitan —dice Juan Pablo II— heraldos del Evangelio expertos en humanidad, que conozcan a fondo el corazón del hombre de hoy, participen de sus gozos y esperanzas, de sus angustias y tristezas, y al mismo tiempo sean contemplativos, enamorados de Dios. Para esto se necesitan nuevos santos. *Los grandes evangelizadores de Europa han sido los santos*. Debemos suplicar al Señor que aumente el espíritu de santidad en la Iglesia y nos mande nuevos santos para evangelizar el mundo de hoy»⁹. Con el ejemplo de su vida y con la fuerza de su doctrina —eco fiel del mensaje del Beato Josemaría Escrivá— Mons. Álvaro del Portillo nos indica un modo atractivo y cercano de responder a tan exigente llama-

9. JUAN PABLO II, *Discurso al Simposio de Obispos Europeos*, 11-X-1985.

miento. El ha sido, ciertamente, un «experto en humanidad», un hombre sabio, un sacerdote santo, que se gastó y se desgastó en el cumplimiento de la misión de atraer hacia Cristo todas las realidades terrenas, esas realidades siempre nuevas que las diversas ciencias estudian con autonomía metodológica, y las técnicas y artes ponen al servicio de la auténtica creatividad humana.

Nosotros hemos tenido la inmensa fortuna de que esta eminente personalidad universitaria fuera nuestra máxima autoridad académica durante un período prolongado y fecundo. El nos enseñó la manera de ser leales al inapreciable legado del Fundador de esta Universidad que, en Navarra y desde Navarra, viene realizando una labor formativa y científica en la que ya se inspiran iniciativas de educación superior surgidas en cuatro continentes. Fidelidad y continuidad que, gracias a Dios, están aseguradas por quien ha trabajado tan de cerca con estos dos grandes universitarios: por nuestro querido Gran Canciller, el Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Javier Echevarría, que hoy preside este solemne acto *in memoriam*, y a quien reiteramos nuestro entrañable afecto y nuestra completa disponibilidad para proseguir, con renovado aliento, esa incitante aventura del espíritu que es la Universidad de Navarra.

Durante su última estancia en Pamplona, en mayo de 1974, muchos de los presentes oyeron del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer estas conmovedoras palabras: «*Al principio, cuando la Universidad de Navarra estaba en sus comienzos, decía: mi corazón irá a la Universidad, en un rincón. Pero no hace falta que lo diga: yo siempre tengo el corazón pegado a vosotros. ¡Tratádmelo bien! (...)*»¹⁰. Nadie como don Álvaro del Portillo trató con tanta finura y cuidado los anhelos de ese corazón paternal que amaba a la Universidad de Navarra «con amor de predilección»¹¹. Esta es nuestra preciosa herencia y nuestro mejor patrimonio. Nobleza obliga.

10. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Palabras en Pamplona (España), el 10-V-1974 (AGP, sec. RHF 20.163, p. 1096).

11. ÁLVARO DEL PORTILLO, «Instrumento de Dios», cit., p. 55.